Pº 37

DON DÁMASO.

Haz lo que gustes. Pero ya que te empeñas en ir contra la corriente del mundo, no culpes á quien no quiera ser compañero tuyo de viaje.

DON FABIÁN.

¡Tú eres cobarde, tú!

DON DÁMASO.

Á ti nada se te da de estar en ridículo: á mí no hay cosa que más me asuste.

DON FABIÁN.

¡Ten lástima de un infeliz!

DON DÁMASO.

Yo sé que no es miedo, sino virtud, lo que hace de ti una excepción del género humano: sé que para santo debe faltarte ya muy poco. Si fuera papa, desde luego te canonizaría. En secreto admiraré tu fortaleza: en público no podré aprobar tu conducta; estimándote en realidad, haré como que no te estimo.

DON FABIÁN.

En tono de triste reconvención.

¡Y así me lo dices?

DON DÁMASO.

No quiero dejar de ser leal contigo. Adiós. Lástima por tu bien. ¡Ojalá pudiera yo batirme por ti!

DON FABIÁN.

Muy afligido.

¡Dámaso! ¡Dámaso!

DON DÁMASO.

¡Qué pícaro mundo, verdad? Pero ¡qué remedio! Como no hay otro, en éste es preciso vivir.

Vase por la puerta del foro.

ESCENA X.

DON FABIÁN, y luego MEDINA.

Don Fabián se arrodilla después de algunos instantes de silencio, durante los cuales habrá tenido fija la vista en el sitio por donde se ha ido don Dámaso.

DON FABIÁN.

¡Ea, Dios mío, envíame nueva y mayor mortificación! Eso me probará que te acuerdas de mí. ¡Ea, Dios mío, pon en mis hombros tu cruz! No me rendirá su peso. Tú me ayudarás á llevarla.

Medina sale con traje de calle por la puerta de la izquierda de primer término.

MEDINA.

¿Qué haces?

DON FABIÁN.

¡Eh! ¿Qué?..... Nada: recoger este papel que se me había caído.

Cogiendo del suelo la carta de Villena.

MEDINA.

En seguida tengo que ir al Ministerio. Aprovechemos estos instantes. Estás agitado. ¿Ocurre algo de nuevo? ¿Quién te escribe esa carta?

DON FABIÁN.

Villena.

MEDINA.

Villena. Á ver, trae. *(Tomando la carta de manos de don Fabián.)* «Es usted tan vil y cobarde.» *(Leyendo. Don Fabián se estremece.)* ¡Cómo! «Que no merecía sino que yo le escupiese á la cara.»

DON FABIÁN.

Lee bajo..... Que yo no lo oiga. *(Medina continúa leyendo la carta con la vista.)* (¡Otra vez los insultos hacen hervir mi sangre! ¿Es que no quieres oirme, Señor? ¡Qué día tan cruel y tan largo! ¡Si no se acaba nunca!)

MEDINA.

¿Villena te ha enviado este papel?

DON FABIÁN.

Sí.

MEDINA.

¿Habías desoído su primera provocación?

DON FABIÁN.

Sí.

MEDINA.

Pero ya —¿quién lo duda?— ya estarás resuelto á castigar á ese insolente.

DON FABIÁN.

Estoy resuelto á no batirme.

MEDINA.

¿Qué dices? ¿Deliras? Dios sabe que para siempre está grabado en mi corazón el favor que te debo. Dios sabe que, aun á costa de la mitad de mi existencia, hubiera querido evitar que te vieses en tal conflicto por causa mía. Pero ya en este negocio no cabe compostura, Fabián, si tienes sangre en las venas, ¿cómo es posible que dejes de hacer lo que haría en tu lugar el hombre más bajo y despreciable?

DON FABIÁN.

Creo no haberte pedido consejo.

MEDINA.

Yo te le daré aunque tú no le pidas. Harto siento verme obligado á esperar vez; pero ya que no hay otro remedio, ya que así lo reclama tu honra, que es

la de mi familia, riñe con él antes que yo, y ten por seguro que, si logra escapar ileso de tus manos, luego en las mías encontrará su merecido.

DON FABIÁN.

Diego, ese duelo no se verificará.

MEDINA.

Fabián, hay desgracias irremediables. En ciertos casos, el hombre bien nacido no puede acordarse más que de su honor. Considera que de tu mengua á todos nos alcanzaría alguna parte. ¿Quieres que tu esposa tenga que bajar avergonzada la vista delante de la gente que se ría de su marido?

DON FABIÁN.

¡Tú también!

MEDINA.

¿Quieres que tu hijo sea hijo de un cobarde y se complace á vivir entre los hombres con nota de infamia?

DON FABIÁN.

¡Me estás destrozando el corazón!

MEDINA.

¿Quieres que yo?..... Me aguarda el Ministro. No puedo detenerme. Volveré pronto. Piénsalo bien.

Vase por la puerta del foro.

ESCENA XI.

DON FABIÁN, y después MIGUEL.

DON FABIÁN.

¡Conque soy un infame de quien huirá la gente como de un leproso, por temor del contagio! Estoy

LOA503